

"El ego es muy delicado en este negocio del periodismo. Uno lo halaga, lo masajea y no permite que se deshinche. Se le quita a uno de un trabajo y se siente frustrado. Yo no puedo obligar a patadas a los demás a que me traigan información, pero no puedo menos que hacerles saber que me siento frustrado si no es así, y que odio el sentimiento de frustración. No deben olvidar que lo odio".

Estas palabras de Ben Bradley, director de The Washington Post durante el caso Watergate, muestran a las claras la raza de un periodista que no se conformó con un estado de cosas y que logró lo que se tiene por parangón del papel de los medios de comunicación en una democracia, la dimisión del presidente de Estados Unidos que hasta ese momento había logrado la mayor victoria electoral de la historia del país.

De aquel episodio salió lo que es para mí el mejor manual de periodismo que se ha escrito hasta ahora, el libro "Todos los hombres del presidente", de Bob Woodward y Carl Bernstein, y la conclusión de la necesidad vital de no conformarse.

Ni en el proyecto más importante, ni en la más breve e inocua de las informaciones. La necesidad vital por hacer cosas y hacerlas bien. Lo que para Ben Bradley es odiar el sentimiento de frustración.

Sirva este marco para centrar lo que es el ensayo que hoy presentamos y para conceptuar lo que en él se cuenta, la génesis y desarrollo de una iniciativa singular.

Porque lo que contamos gracias a la generosidad editorial de RD Editores y de la Diputación de Córdoba, institución que tuvo un papel esencial en el proyecto provincial de EFE, es la narración de lo que durante una decena de años protagonizamos un grupo de personas, un equipo, que hicimos lo que antes de llevarlo a cabo podría creerse que sólo se obraría si ocurriese un milagro.

El cirujano Pedro Cavadas, el que hace el milagro de unir al cuerpo manos amputadas, sintetizó hace unos días en una entrevista en La Sexta el significado de lo que para él era un milagro.

"Los milagros no existen –dijo-, lo que hay son equipos dispuestos a complicarse la vida".

Nosotros nos complicamos la vida.

Sufrimos el síndrome que describe Alberto Cortez en su canción "Castillos en el aire", porque hubo quien temió, no sin acierto, que aquello "fuera contagioso", y que tratásemos de ser felices "de aquella forma".

Son muchas las personas que participaron de esa complicación. Para evitar que de la lista quede alguna de ellas excluida de mi reconocimiento por una involuntaria omisión lo sintetizaré en tres.

Mi compañera, y sin embargo amiga, Mercedes Martínez fue la viga maestra de la labor informativa y en el acompañamiento en no pocos momentos difíciles e ingratos, lealtad que al final le ha permitido disponer de una sentencia judicial firme que le ha dado el título de "trabajadora ejemplar", consecuencia de su voluntad de no plegarse ni a la traición ni a la tibieza, ante la avalancha del conservadurismo más rancio y reaccionario que ha sufrido EFE desde 1978.

Saber que se va a actuar con rigor y que se va a afrontar cualquier reto informativo con todas las garantías es una seguridad que les puedo prometer que es impagable, más aún cuando a ello se une una complicidad sin límite en la gestión del conjunto del proyecto.

Sin Mercedes ni se hubiera dado esta historia ni tampoco se podría haber escrito.

En la concepción del proyecto fue determinante la visión de Rodolfo Castro, que era el delegado general de EFE en Andalucía cuando me incorporé a la Agencia en 1990 y que poco tiempo después fue nombrado subdirector comercial.

Él fue quien tuvo la intuición de que el camino de la expansión de la Agencia era la segmentación provincial de las noticias.

Pero si, seguro, hay una persona sin cuya participación la iniciativa no se hubiese materializado es, sin duda, Antonio Miguel Sánchez, que sustituyó a Rodolfo al frente de la Delegación General de Andalucía y que solventó no pocos problemas y obstáculos.

Para evaluar su trabajo como máximo responsable de EFE en Andalucía baste concretar que durante el tiempo que estuvo al frente de la Delegación, la Agencia puso en marcha cuatro servicios provinciales y uno internacional en lengua árabe desde Granada, que se mantenían cuando se trasladó a Madrid a dirigir la Fundación EFE, con una notable distancia de nuestra competencia directa, Europa Press, un largo trecho entonces que hoy no se conserva.

Hubo un antes y un abismo entre la gestión de Antonio Miguel y la posterior, aunque no estamos aquí para analizar eso, pero sin esa realidad podría no ser comprensible la historia que narramos en el libro y el hecho de que los barros que se convirtieron en lodos, como consecuencia del contagio de la gripe iraquí, aún mantengan a EFE sobre arenas movedizas.

Como se cuenta en el ensayo, en su relevo, Rodolfo Castro anuncia que la Agencia va a poner en marcha dos experiencias de crecimiento territorial a partir de la apertura de delegaciones y puesta en marcha de servicios provinciales de noticias y que al menos uno de ellos se iba a desarrollar en Andalucía. Fue en ese momento en el que hubo que optar.

Como dice Fernando Savater, "en cierto sentido es sin duda nuestro deseo, entendido de forma amplia y algo vaga, lo que motiva nuestras acciones: actuamos para cumplir el plan de vida que queremos", aunque, siguiendo al filósofo y ensayista, "a ciertas almas descompasadas" se les haga "duro admitir que lo real no haya esperado su visto bueno para constituirse como tal".

Tuvimos una extraordinaria complicidad en personas e instituciones que no esperábamos.

Quizás nos pasó lo que describe Luis García Montero en la dedicatoria de su obra "Agua territorial" a Almudena Grandes:

"Hay ciudades que son una sorpresa. Depende de muchas cosas, de lo que uno espere de ellas, la gente que se te cruza por la calle o el desenlace de los asuntos que han motivado el viaje. Las ciudades –continúa García Montero– son como una ruleta, incluso cuando uno no quiere poner en juego la bola, cuando lo único que desea es estar fuera de los números, del rojo y del negro".

Y eso nos pasó, con personas e instituciones, en Córdoba, la ciudad discreta que cuando pusimos en marcha el servicio provincial tenía un único periódico.

Se plasmó lo que el presidente Chaves dejó dicho con motivo de la celebración del 195 aniversario del Decreto de Libertad de Prensa: "El periodismo no es sólo cosa de periodistas, del mismo modo que la política no es sólo cosa de políticos".

Poco a poco, con complicidades más o menos desveladas, el apoyo que aquella iniciativa recibió la convirtió en un hecho singular en el periodismo cordobés. Por supuesto, no el único.

Primero la Diputación de Córdoba, que suscribió bajo la presidencia de Rafael Vallejo lo que llamábamos el "convenio madre", el que soportaba el primer tirón de la expansión de EFE en la provincia.

Después otros acuerdos amplios, con la CajaSur de Miguel Castillejo, la ENRESA de Alejandro Pina y Antonio Colino, con la Universidad de Eugenio Domínguez y, finalmente, con el Ayuntamiento de Córdoba, bajo la Alcaldía de Rafael Merino, o los primeros clientes, como la Caja Provincial de Alfonso Castilla o la Prasa de José Romero, al que quiero mandar un afectuoso abrazo desde aquí.

Comenzó a rodar así una noria de más de 15.000 noticias al año que se contaban a través de EFE y que no hubiesen tenido

trascendencia informativa, en muchos casos, si no llega a ser por EFE.

Convertimos las noticias en el mismo material que María José Sánchez, la protagonista de "Castillo de Cartón", de Almudena Grandes, tenía de relación con sus clientes:

"Trato cada día con muchas personas a las que saludo y de las que me despido en el intervalo de una media hora, para no volver a tener noticias de ellas nunca más".

Eso nos pasaba con miles de hechos informativos.

Comprobamos que el ejercicio de la independencia no sólo da "algún que otro disgustillo", que es lo que un ex presidente del Congreso de los Diputados afirmó haber padecido durante su mandato, sino que va más en la línea de la rectificación que sobre la marcha hizo el propio Manuel Marín en esas declaraciones a la Cadena Ser.

El querer "preservar la independencia te lleva a situaciones muy ingratas, con los propios y con los ajenos", terminó por reconocer.

Hasta tal punto que se entra en esa "rueda infernal de las excusas" en la que "podemos estar girando hasta el día del juicio final", que dice José Antonio Marina.

"La única solución que se me ocurre -concreta- es no esperar a que otros resuelvan el problema, sino preguntarme: ¿qué puedo hacer yo para solucionarlo?".

Con el paso del tiempo y el cambio de los vientos, quienes pusimos en marcha esta empresa pasamos del cielo al infierno y de ahí a sentirnos como si algún periódico ultramontano hubiera puesto nuestro nombre y nuestra foto junto a la famosa "equis" de los GAL, fue sólo un paso, el que provocó el tsunami que para EFE supuso la legislatura que acabó en 2004.

Lo que Antonio Muñoz Molina describe como "la misma capacidad de odio combinado con un lirismo polvoriento y tardío de

teatro romántico y una catolicidad intransigente, gallinácea, de mesa camilla y santo rosario".

Sobre todo ello, la verdad que queda a flote es la del trabajo y la de las personas que lo desempeñaron con honradez y entrega, dentro de la Agencia o fuera de ella, por lo que merece la pena tanto los "disgustillos" como las "situaciones ingratas" que refería Manuel Marín.

El camino de EFE en Córdoba ha servido para dirigir el rumbo de muchos y buenos profesionales del periodismo, que forman hoy una pléyade que se extiende por los más recónditos rincones del periodismo en sus más diversas facetas.

También para proyectar el valioso papel de los corresponsales por mantener vivo un periodismo tan cercano a la realidad y que sin ellos y sin su trabajo nos sería muy lejana, un trabajo nunca bien pagado y generalmente poco reconocido.

Junto al informativo, el papel articular de la provincia de Córdoba realizado por EFE nos llevó a iniciativas como recorrer los rincones del territorio con nuestro resumen gráfico del año, fundamentalmente basado en el trabajo de mi estimada Olga Labrador.

Existe una película de Jean Paul Belmondo que cita una frase al principio: "Lo único que no se puede comprar con dinero es el pasado".

Por eso lo hemos podido escribir, porque lo que narramos Mercedes y yo en este ensayo es una cosa pretérita y no ha habido dádiva anterior a su edición ni presión posterior a la salida a la luz de este ensayo que nos haya obligado a silenciarla.

Lo podemos contar porque tengo a un obstinado editor, Rogelio Delgado, que pone en imprenta lo que le propongo, para que luego digan que la fe no mueve montañas. Lo que tiene Rogelio en mi es, obviamente, fe.

También lo podemos contar porque una institución, como la Diputación de Córdoba, asumió que era preciso hacerlo y participar en la edición del libro. Una institución representada hoy por su presidente, Francisco Pulido, bajo cuyo manto político dirigí durante tres años la comunicación de la institución provincial.

No quiero dejar de hacer una especial mención a Serafín Pedraza, en cuya gestión como delegado de Cultura de la Diputación de Córdoba se llevó a cabo este trabajo y que ha sido persistente en su interés por su presentación pública, que hacemos en este acto con la colaboración de Cajasol, una caja hoy tan cordobesa que es un cordobés quien la preside, y, por supuesto, a la Junta de Andalucía, cuya Delegación de Cultura nos acoge.

¿Qué les puedo decir de los presentadores?

La verdad, la verdad intelectual que dicen los "conspiranoicos", como si pudiera haber ausencia de intelectualidad en la realidad, es que tengo la firme sospecha de que la mayoría de ustedes están aquí por ellos, y no por el ensayo.

Gracias Gaspar, gracias vicepresidente, por el esfuerzo de compartir hoy tribuna aquí y presidir este acto.

¿Y qué decir de José Antonio Gavira? Periodista tan riguroso como crítico, y como cabal es como amigo.

Sensaciones sobre lo que se cuenta, y sobre lo que no se puede escribir, en el ensayo son muchas.

Pero hace unos meses, Juan Eslava Galán las resumió todas en una frase que dijo en el programa "El público" que nuestro paisano Jesús Vigorra dirige en Canal Sur 2.

Citando a un gitano sentenció: "No sé lo que me pasa, que cuanto más trabajo más suerte tengo".

Ese fue el eje sobre el que pivotó todo lo que se cuenta en este ensayo.

Trabajo bien hecho, con errores, por supuesto, pero trabajo honesto.

Trabajo que nos deparó poder disponer de una experiencia irrepetible que se resume en este libro.

Trabajo que conforma una historia que tiene, por último, unos protagonistas mudos y sufridores, nuestras familias, como ha referido Mercedes.

En mi caso personal, sin la infinita comprensión de mis seres queridos, y en especial de mi mujer, a mis conflictos con el reloj, a mi obstinación de robar tiempo al ocio y al descanso y al lamento casero de cosas que nada tienen que ver con el domicilio familiar, sí que hoy no habría nada que contar.

Casi siempre surge una pregunta cuando se pone en papel una experiencia: ¿por qué se cuenta ahora y no en otro momento?

Me voy permitir citar, para finalizar, de nuevo a Antonio Muñoz Molina en el libro en el que narra sus vivencias del servicio militar en el País Vasco al comienzo de la Transición, y que tiene un significativo título, "Ardor guerrero".

Escribe el Premio Nacional de Narrativa: "Quizás sólo sea posible escribir ciertas cosas cuando ya apenas pueden herirnos y hemos dejado de soñar con ellas, cuando estamos tan lejos, en el espacio y en el tiempo, que casi daría igual que no hubieran sucedido".